

Manuel Acuña, el suicida, es quizá como poeta el más aplaudido de todos los mexicanos.

Nada le falta hoy para su admiración en la tierra. El tiempo, ese verdugo desapiadado con los talentos de menor cuantía, es por el contrario, para los grandes, una entidad reparadora y benéfica; un acumulador de gloria que centuplica los capitales bien invertidos en honor y provecho de la Humanidad.

Nacido Acuña en 1849, joven sería aún, pero no brillaría tal vez con resplandores tan vivos como los que lanza desde la tumba.

El día de la vida es muy corto y no permite á los astros que se dibujen allá arriba, donde

les buscamos de noche. Es preciso morir! Es preciso que se haga en torno la obscuridad más completa, para que juzguemos á la simple vista, sin telescopio, la fosforescencia del astro humano que en nuestro cielo ha gravitado sin conmovernos...

¡Y qué astro tan luminoso es Manuel Acuña!

Tiene su trágico fin tanta poesía como sus versos. El poeta que se arranca la vida á los veinticuatro años, en medio de los triunfos que brinda el arte, renunciando al porvenir que le sonríe, á la amistad que le busca, al amor que no le desdeña, es ciertamente un poeta muy extraordinario y que lleva consigo al sepulcro un poema de dolores incomprensibles para la mayoría de los mortales.

Es el suicidio para esa mayoría, un crimen horrendo ó por lo menos una locura. Vivir á todo trance, aunque sea con sacrificio de la honra y de la ventura, es lo más natural y más cómodo para muchas buenas gentes que se resignan á cualquier cosa, siempre que no les falte un pedazo de pan ni una miserable estera en qué revolcarse.

¡Ah! Naturaleza fué sapientísima cuando limitó ciertas rebeldías á muy pequeño número de individuos en la superior escala animal.

Cómo se matarían los hombres, á tener conciencia de lo inútil que es sufrir en el mundo porque se cumpla una voluntad extraña del todo á ellos, indiferente si no enemiga de lo que estrechamente les conviene como á cantidades infinitésimas!

Muchos de los llamados locos porque contravienen á la ley general suicidándose, no son tales locos, sino espíritus convencidos de su impotencia, que se rebelan contra el desconocido tirano que les azota, y ya que devolverle no pueden golpe por golpe, escúpenle á la cara, en un momento de rabia, su propia vida.

Acuña no se suicidó por los desdenes de una mujer. Tiempo es ya de que termine esta fábula vulgarizada en toda la América por culpa del mismo Acuña con su famosa composición á *Rosario*. Estoy en posesión de datos al respecto, que me atrevo á llamar interesantísimos y que no dudo sorprenderán

á todos los que de buena fe maldicen todavía á una criatura inocente del daño que se hizo Acuña.

La Rosario que inmortalizó el poeta, existe en México y es mi amiga.

¿Qué hombre de pluma no la conocé allá?

—Rosario de la Peña es un monumento histórico,— me decía una tarde Manuel José Othón, el dramaturgo mexicano á quien el invicto Echegaray ha batido palmas.

Manifesté vivos deseos de conocerla, y Othón me prometió anunciarla mi visita, agregando que desde algún tiempo atrás habitaba Rosario en el pueblo de Guadalupe, situado á algunos kilómetros de la capital y segregada por propia voluntad, casi completamente, del mundo social en que antes viviera. Pocos días después, José María Bustillos, uno de los poetas más jóvenes y aprovechados de México, me presentó á Rosario por encargo de Othón, que se dirigió precipitadamente á San Luis, cumpliendo antes con anunciarme á esta dama que nunca celebraré lo bastante haber conocido.

*Guadalupe* es á México lo que *Lourdes* á

Francia: el lugar de un santuario donde no deja un día de ofrecerse á la Virgen el más reverente culto por los católicos. En *Guadalupe*, como en *Lourdes*, tuvo la madre de Dios el capricho de presentarse á un pastor sencillote y no menos ignorante que *Bernardita*.

El santuario mexicano no cede en esplendor al francés, y creí natural cuando me dirigía allí, que Rosario viviese prosternada ante el altar de la Virgen, doliéndose todavía de su homicida crueldad para con Acuña.

¡Qué desengaño el que me esperaba!

En una casita modesta de la villa, no muy distante del Santuario famoso, vivía nuestra heroína, acompañada de su señora madre, una joven hermana y varios sobrinos.

La madre de Rosario y su hija menor, Margarita, fueron las primeras personas á quien hablé. Á juzgar por el aspecto de la anciana y de Margarita, la hija mayor ausente no debía desdecir la singular hermosura patrimonio de aquella raza.

Bien pronto me hice cargo de que estaba en el seno de una familia hospitalaria y cor

dial. Respiré esa atmósfera del hogar decente no desvirtuado por la pobreza, y comprendí á las primeras razones cambiadas con los dueños de la casa, el secreto amargor que deja en los corazones más fuertes toda declinación muy rápida de fortuna.

Abriendo y cerrando con estrépito una mampara, adelantó hacia mí, de pronto, Rosario, la mujer á quien buscaba yo en mi peregrinación literaria con un fervor no menos digno de respeto que el de los fieles cristianos en *Guadalupe*.

Era una mujer de sangre española, bastante morena y de cuarenta años. Alta y erguida, tenía la majestad de una princesa reinante. Su cabello negrísimo blanqueaba en algunos puntos; sus ojos, de un pardo oscuro, centelleaban en la cavidad de sus órbitas con la inequívoca luz de la inteligencia. Una nariz correcta, unos labios muy rojos, apretados y finos completaban esta fisonomía que debió ser soberanamente hermosa diez años antes, y que produce todavía una impresión agradable por su conjunto armónico, lleno de animación y de vida, profundamente simpático.

Hablamos, y desde el principio me expliqué la fascinación que ejerció esta Rosario sobre los poetas que allá en su mocedad habíala cantado como á una diosa. No presume de literata; jamás ha compuesto un verso, pero recita admirablemente los versos de sus amigos y de otros notables bardos. Tiene un timbre de voz melodioso, una manera de decir que subyuga, porque da á cada palabra y sin aparente esfuerzo, el tono más apropiado para su efecto, cual si estuviera sintiendo idénticamente con el autor.

El resumen de mis conversaciones con Rosario, respecto á Acuña, lo daré aquí en forma de diálogo para conservar en lo posible su exactitud. Debo sí, advertir, que estas conversaciones las tuve algún tiempo después de mi presentación á ella, y cuando en el seno de la confianza amistosa, comprendió que no me guiaba, al hablarla sobre ciertos asuntos, por una impertinente curiosidad.

—¿Cómo hizo Vd. conocimiento con Acuña?

—Me fué presentado en casa con motivo de sus primeros triunfos poéticos. Mi casa, no lo atribuya Vd. á pretensión mía, era un

centro de reunión preferido por los más distinguidos literatos de entonces. Yo recibí á Acuña lo mismo que mis padres y mis hermanos, como á un buen amigo, sin que él hubiese en el resto de su vida manifestádose de otro modo.

—La fama cuenta, y Vd. no debe ignorarlo, que Acuña se dio la muerte por los desdenes de la Rosario aquella á quien dedicó su *Nocturno*...

—Sí señor, así aparece á primera vista ; pero nada es más falso que aquello de que Acuña se haya suicidado por mí.

—¿ Vd. no le desdeñaba ?

—Muy lejos de eso, yo lo quería como se puede querer á los hombres de la naturaleza de Acuña : con admiración y cierto respeto. Ahora, si mi corazón perteneció á otro...

—Luego es cierto que él vivía celoso y que la desesperación le arrastró al suicidio.

—¿ Cómo podía yo darme cuenta de ese cariño en un hombre que me trataba como á su hermana, que siempre estaba alegre en presencia mía, que jamás me habló de terribles pasiones ni de violencias ? Para que me-

jor comprenda Vd. el carácter de Acuña, bástele saber que sus amigos todos le creían escéptico en el amor hasta el punto de conceptuar imposible que se apasionase exclusivamente de una mujer. Cuando vino á casa, ya sostenía relaciones estrechas con una poetisa notable. Yo no podía ignorarlo, y si de broma aludía alguna vez á estas relaciones, Acuña se manifestaba un buen muchacho contento de su felicidad y nada exigente.

—Muy extraño es lo que Vd. dice, y más extraño aún, que un poeta sincero y de la talla de Acuña haya querido engañar al mundo en su último trance...

—¿ Vd. no comprende que yo no tengo tampoco por qué mentir ? Si fuese una de tantas vanidosas mujeres, me empeñaría por el contrario, con fingidas muestras de pena, en dar pábulo á esa novela de la que resulto heroína. Yo sé que para los corazones románticos no existe mayor atractivo que una pasión de trágicos efectos cual la que atribuyen muchos á Acuña ; yo sé que renuncio, incondicionalmente, con mi franqueza, á la admiración de los tontos, pero no puedo ser cómplice de un

engaño que lleva trazas de perpetuarse en México y otros puntos. Es verdad que Acuña me dedicó su *Nocturno* antes de matarse, es verdad que conservo el original de esa composición como un tesoro inapreciable, pero es verdad también, que ese *Nocturno* ha sido un pretesto y nada más que un pretesto de Acuña, para justificar su muerte; uno de tantos caprichos que tienen al final de su vida algunos artistas... ¿Sería yo en su última noche una fantasía de poeta, una de esas idealidades que en algo participan de lo cierto, pero que más tienen del sueño arrebatado y de los vagos humores de aquel delirio? Tal vez esa *Rosario* de Acuña, no tenga nada mío fuera del nombre!

—Perdone Vd. que no dispense entero crédito á sus palabras. ¿Qué significan entonces las expresiones amargas y tan concretas de ese *Nocturno*? ¿Cómo fingir tan admirablemente bien lo que no es verdadero en el corazón de un hombre que va á matarse? Recuerde Vd. los siguientes alejandrinos:

Comprendo que tus besos  
jamás han de ser míos,  
comprendo que en tus ojos  
no me he de ver jamás;  
y te amo, y en mis locos  
y ardientes desvaríos,  
bendigo tus desdenes,  
adoro tus desvíos,  
y en vez de amarte menos  
te quiero mucho más.

Á veces pienso en darte  
mi eterna despedida,  
borrarte en mis recuerdos  
y hundirte en mi pasión;  
mas, si es en vano todo  
y el alma no te olvida,  
¿qué quieres tú que yo haga,  
pedazo de mi vida,  
qué quieres tú que yo haga  
con este corazón?

Y luego que ya estaba  
concluido tu santuario,  
la lámpara encendida,  
tu velo en el altar;  
el sol de la mañana  
detrás del campanario,  
chispeando las antorchas,  
humeando el incensario,  
y abierta allá á lo lejos  
la puerta del hogar...

—Todo eso es fantasía pura. Yo amaba es cierto, á otro hombre, al único á quien me he sentido obligada por el cariño toda la vida; á Flores, á quien Vd. seguramente ha conocido de fama... pero, ese poeta no menos desgraciado que Acuña, y que ha muerto posteriormente en mis brazos, ese hombre que no sospechaba tener un rival en su amigo Acuña, se encontraba en aquellas circunstancias fuera de México. Le repito á Vd. que Acuña no pudo estar quejoso de mí porque siempre fui amable con él y no usé de ese rigor á que alude en sus versos, porque ni lugar siquiera me dió para tal rigor... Es bien difícil, amigo mío, la causa que yo defiendo, pero tengo todavía en mi apoyo una prueba que es concluyente...

—Veamos aquella prueba.

—Acuña nació tan inclinado al suicidio, que debía matarse más temprano ó más tarde, conociendo ó no conociendo á esta Rosario á quien condenan las apariencias. Pertenecía el poeta á una familia desequilibrada, no cabe ya duda alguna.

—Cuidado con esa afirmación que es muy

grave y puede parecer calumniosa por lo difícil que es dar las pruebas...

—¡Las pruebas! Todos hoy en México las conocen: dos hermanos de Acuña se han suicidado con posterioridad á él. Ya Vd. ve que eso no puede ser una casualidad sino una degeneración morbosa de que existen por desgracia muchos ejemplos...

Las razones últimas de Rosario dejáronme convencido.

Familias hay de suicidas, como las hay de tísicos y cardíacos. Acuña, con poseer una inteligencia de primer orden, con ser tan gran poeta, llevaba escondida en lo más íntimo de su sér aquella desesperación muda, aquel profundo disgusto de la vida que precipita ordinariamente al suicidio, cuando se ponen determinados sentimientos en conjunción. No le acusemos de loco, porque aquello también es una injusticia. Sentir con mayor viveza que otros el dolor, no resistir á la pena que algunos sobrellevan con estoicismo, será una debilidad puramente animal, pero no un total eclipse de la razón. Hiperestesia no quiere decir locura. Ella, por el contrario, es á las

veces, generadora de muchas obras sublimes de arte que significan para su autor angustia horrible, llantos é insomnio, tensión nerviosa que enferma, incubadora fiebre que mata.

Después de visitar á Rosario he reflexionado mucho en si era ó no conveniente transmitir al público las noticias que recibí de sus labios. Como esas noticias acrecen en interés á la distancia que se halla México de nosotros, no he vacilado al fin en hacerlo. Perdóneme, pues, Rosario, que por complacer á mis lectores de Sud-América, donde tiene tantos admiradores Acuña, haya trazado las anteriores líneas que aclaran un punto obscuro en la historia del infortunado poeta.

Completando estos datos, reproduciré también un artículo, escrito en 1886 por Juan de Dios Peza; artículo en el cual se detallan muchas cosas que apreciarán debidamente los que no conocen de Acuña sino sus versos.

“Hoy hace trece años, y todavía están vivos en mi corazón los dolorosos recuerdos de esta fúnebre fecha.

“Fué una de las más hondas impresiones

de mi vida. Llegué á la una de la tarde á la Escuela de Medicina y me fuí, como de costumbre, al cuarto número 13 del segundo patio. En este obscuro cuarto donde un tiempo viviera Juan Díaz Covarrubias, habitaba entonces uno de los más notables estudiantes de la escuela y uno de los más íntimos amigos míos: Manuel Acuña.

“No era de extrañarse que en la modesta estancia á que me refiero, hubiera en pleno día una bujía encendida, porque el cuartucho era asaz obscuro, muy bajo de techo y está, como podeis verlo, en un entresuelo al que más obscurecen los corredores de arriba.

“Era sábado y yo estaba inquieto por los acontecimientos de la víspera.

“Habíamos andado juntos Acuña y yo todo el viernes: elegimos como mejor sitio la Alameda, y en ella nos estuvimos desde las tres hasta las seis de la tarde.

“El viento de Diciembre arrancaba las hojas amarillentas de los fresnos y de los chopos, y Acuña, en cada ocasión que pasaban bajo sus pies rozándole, levantaba alguna, y me decía algo como esto: *Mira cómo puede*



*sorprender la muerte en plena vida á quien menos la espera.*

“Me recitó después una poesía intitulada *Génesis de mi vida*, que aunque dejó de ella un ejemplar escrito, lo extrajo no sé quién de entre sus papeles y esta es la hora que nadie sabe en qué manos pára. Era una poesía lindísima; recuerdo uno que otro de sus versos admirables y me servirán para el día que la vea aparecer con otra firma en algún periódico.

“Su poema *La Gloria*, era mucho más largo de lo que es hoy. Él suprimió muchas estrofas y entre esas la siguiente :

Como si hacer un verso lisonjero  
le diera á un hombre títulos bastantes  
para aspirar á que, sus semejantes,  
le alean altares por el mundo entero;  
cuando después de Homero y de Cervantes  
no ha habido otro Cervantes ni otro Homero.

“Creen muchos que el *Nocturno* de Acuña fué su último canto, esto es un error completo.

“Lo penúltimo que escribió fué la silva

festiva *Á la luna*, y lo último un soneto.

“En la tarde á que me refiero en este artículo, quedó de pronto sumergido en profunda tristeza y me dictó un soneto que escribí, por falta de papel, al dorso de la portada de un pequeño libro, *Las hojas de Otoño* de Víctor Hugo, que á la sazón llevaba en mis manos y que como reliquia conservo todavía.

“El soneto á que puso galante dedicatoria es el intitulado *Á un arroyo* que todos han leído en la colección de sus versos.

“Estos versos son los últimos que escribió el alma enferma del poeta.

“Hablamos después de muchas cosas, serías unas y tristes otras, y á las seis de aquella nublada tarde, nos separamos diciéndome él con su acostumbrado imperio amistoso: Sin falta mañana á la una.

—“Sin falta, le respondí.

—“Si tardas un minuto más me iré sin verte.

—¿“Te irás adonde? le pregunté.

—“Estoy de viaje... ya lo sabrás.

“Estas últimas palabras cayeron sobre

mi alma como gotas de fuego. Yo sólo sabía que aquel gigantesco espíritu estaba enfermo y que su mal agravaba por instantes. Temía, como era natural, la crisis y con ella la muerte.

“Acuña no es conocido de muchos que han pretendido estudiarlo en la plenitud de su grandeza.

“Acuña era triste en su fondo; pero jovial y punzante en su carácter y sus frases; sensible como un niño le atormentaban los dolores ajenos; fuerte y noble, como el sándalo holgábase en perfumar el filo de las hachas que le herían por todas partes.

“Era un estudiante que tenía constantemente un cortejo más que de amigos, de hermanos, y bajo este hermoso título nos tratábamos, y para decir la verdad entera, nos amábamos sin doblez, sin envidia y sin rencillas de ningún género. Formábamos este grupo, Agustin F. Cuenca, que hoy duerme eterno sueño, Gerardo M. Silva, Javier Santa María, Francisco Ortiz, Miguel Portillo, Antonio Coellar y Argomániz, Juan B. Garza, Gregorio Uribe, Juan D. Villalón y

Vicente Morales. Estos éramos los constantes compañeros del autor de *El pasado*, á quien trataban y veían con profundo interés todos los literatos de México, así nuestros maestros como todos los demás que esgrimían la pluma.

“La noche del viernes á que me he referido, Acuña, con el pretexto de arreglar sus papeles estuvo en compañía de uno de sus amigos de la Escuela, destruyendo la mayor parte de ellos y quemándolos luego. Ya al amanecer le llevaron papel enlutado que había pedido y que con la mayor indiferencia colocó sobre la mesa de trabajo, y habiéndose despedido de su acompañante, se acostó, despertando muy tarde al día siguiente.

“No bien se hubo levantado, puso en orden su habitación, hizo él mismo su lecho, se lavó el rostro y cuello y después se puso á escribir cinco cartas: una de ellas á la señora su madre que vivía en Saltillo, otra á Antonio Coellar, uno de sus más íntimos amigos, dos á personas de su estimación y una á Gerardo M. Silva. Salió á las doce á la calle, volvió pocos minutos después, se vis-

tió de ropa limpia y es probable que entonces haya sido cuando escribió las siguientes líneas con mano segura y firme, pero que algunos descuidos de redacción denotan que su cerebro estaba ya trastornado.

Lo de menos era entrar en detalles sobre la causa de mi muerte, pero no creo que le importen á ninguno; basta con saber que nadie más que yo mismo es el culpable.

Diciembre 6 de 1873.

M. Acuña.

“Salió después; estuvo conversando sobre asuntos indiferentes y á eso de las doce y media volvió á su cuarto... Nadie sabe lo que sucedió entonces...! Yo llegué á la una y minutos y encontré sobre la mesa de noche una bujía encendida y á Acuña tendido en su cama con la expresión natural del que duerme. Toqué su frente guiado por extraño presentimiento y la encontré tibia; alcé uno de sus párpados y la expresión de la pupila me aterró; volví entonces con sobresalto el rostro hacia la mesa y me encontré en ella junto á la vela un vaso vacío, en el cual estaba

recargado el papel que antes he copiado.

“Aturdido, loco, llamé á los entonces estudiantes y hoy médicos Vargas y Villamil y tras ellos entró Gregorio Uribe, que se precipitó sobre el cadáver queriendo volverlo á la vida y haciéndole una insuflación, á tiempo que Vargas movía el tórax para producir la respiración artificial. Todo era en vano.

“Los labios de Acuña despedían un acre olor á almendras amargas, tan fuerte, que Uribe á punto de intoxicarse, fué después de insuflarle presa de un vértigo.

“El vaso olía á lo mismo... Acuña había apurado cerca de dos dracmas de *cianuro de potasio*.”

.....  
“Los versos de Acuña han recorrido el mundo entero; se han traducido á varios idiomas y se han comentado de mil modos diversos.

“Acuña murió de veinticuatro años, es decir, cuando apenas amanecía en el horizonte de su porvenir.

“Lo mataron, el hastío, la nostalgia, la enfermedad moral que mina á los seres que desde muy temprano viven lejos del bendito

calor del hogar doméstico. ¡Quién lo sabe!

“Nunca he querido examinar filosófica ni friamente las causas de la muerte de Acuña. Le amé como hermano y le lloro todavía.

“Era de sinceridad de carácter y de una nobleza de alma admirables.

“Un día me dió por escribir á los veinte años un drama social en verso, que una vez terminado fui á leerlo al refectorio de la Escuela de Medicina, delante de muchos de sus amigos y compañeros de cátedra. Fui leyendo acto por acto y él me interrumpía de vez en cuando para observar algo con extremada dulzura. Cuando terminé exclamó: Magnífico! Creo que el argumento, la versificación, la trama, el desenlace, todo está muy bien hecho. Te felicito! y me dió un abrazo.

“Todos al oír esto opinaron lo mismo y me abrazaron cordialmente, prodigándome las más encomiásticas frases.

“Cuando quedamos solos me dijo dándome una palmada en el hombro.

—“¿Por qué me obligaste á mentir en público?

—“¿Cuándo?—le pregunté con extrañeza.

—“Hoy mismo. ¿No me has leído delante de muchos tu drama?

—“Sí, le repuse.

—“Pues bien: delante de todos yo no podía decirte sino que era magnífico, pero aquí, á solas, te digo que es de lo más disparatado que he oído, y que me vas á hacer el favor de romperlo inmediatamente para que no se te ocurra volver á leerlo delante de nadie.

“Yo obedecía siempre los consejos literarios de Manuel y sin sentir,—á fuer de caballero,—herida ni lastimada mi vanidad, rompí aquel drama, aborto insoportable de una calenturienta imaginación.

“Acuña era generoso, sencillo, noble hasta el extremo. Su trágica y mil veces censurable muerte fué, á no dudarlo, á causa de un extravío de aquel cerebro. No puedo explicarla de otro modo.

“Han pasado trece años!

“Todavía se dan para levantarle un monumento, funciones dramáticas y se trabaja por perpetuar su memoria con una estatua.

“Coahuila, tierra del poeta, tiene hoy un

teatro precioso al que se ha puesto *Teatro Manuel Acuña*. Hay un monumento más alto y más duradero que todos los que se le erijan: sus versos. Adolecen de incorrecciones, es cierto, pero palpita en ellos el genio.

“La Patria debe estar satisfecha de haber tenido un hijo que tan hermosa fama ha conquistado, y que sería *si tan prematuramente no se roba á su propia gloria*, como hablando de él me dijo en una carta el inspirado Núñez de Arce, la más brillante personalidad literaria de México en nuestros días.”

Las composiciones de Acuña son conocidas en todas partes. Sus tercetos *Ante un cadáver*, gozan de un privilegio no concedido sino á muy pocos versos, reproduciéndose aquí y allá sin descanso.

Esos tercetos, realmente, bastarían para inmortalizar á cualquiera. Refiriéndose á las transformaciones inacabables de la materia, en presencia de unos restos humanos dice el poeta:

Círculo es la existencia, y mal hacemos cuando al querer medirla, le asignamos la cuna y el sepulcro por extremos.

Pero ni es esa forma la primera que nuestro sér reviste, ni tampoco será su última forma cuando muera.

Tú sin aliento ya, dentro de poco volverás á la tierra y á su seno que es de la vida universal el foco.

Y allí á la vida, en apariencia ajeno, el poder de la lluvia y el verano fecundará de gérmenes tu cieno.

Y al ascender de la raíz al grano, irás del vegetal á ser testigo en el laboratorio soberano;

Tal vez para volver cambiado en trigo al triste hogar donde la triste esposa sin encontrar un pan sueña contigo;

En tanto que las grietas de tu fosa verán alzarse de su fondo abierto, la larva convertida en mariposa,

Que, en los ensayos de su vuelo incierto, irá al lecho infeliz de tus amores á llevarle tus ósculos de muerto.

Y en medio de esos cambios interiores, tu cráneo lleno de una nueva vida, en vez de pensamientos dará flores,